

Humanidad

Revista Electrónica de Estudios Humanísticos

Universidad Luterana Salvadoreña

No. 2 Enero-Junio de 2019

San Romero, ícono del compromiso social del creyente, frente a los problemas estructurales del país

Berardo Anibal Tejada Quijada

Teólogo

Universidad Luterana Salvadoreña

Español Resumen	English Summary	Français Résumé	Italiano Sommario
La canonización de Mons. Romero, constituye en la actualidad un hecho de gran relevancia, no solo religiosa, sino sociopolítica, porque, siendo testigo elocuente del compromiso social, Romero de nuevo sitúa al creyente - con un renovado impulso- frente a los grandes problemas estructurales del país y del mundo actual, conminándolo a asumir un compromiso moral de elevada calidad, en una perspectiva social y ecuménica de la santidad cristiana, y que ha de esforzarse por la transformación de la problemática social actual de El Salvador.	The canonization of Archbishop Romero, is now a fact of great relevance, not only religious, but sociopolitical, because, being an eloquent witness of social commitment, Romero again places the believer -with a renewed impulse- facing the great problems of the country and the current world, urging it to assume a moral commitment of high quality, in a social and ecumenical perspective of Christian holiness, and that it must strive for the transformation of the current social problems of El Salvador.	La canonisation de l'archevêque Romero est aujourd'hui un fait d'une grande pertinence, non seulement religieuse, mais sociopolitique, car, témoin éloquent de l'engagement social, Romero place à nouveau le croyant -avec un élan renouvelé- face aux grands problèmes du pays et du monde actuel, le prie instamment d'assumer un engagement moral de grande qualité, dans une perspective sociale et œcuménique de la sainteté chrétienne, et de lutter pour la transformation des problèmes sociaux actuels d'El Salvador.	La canonizzazione dell'Arcivescovo Romero, è ormai un fatto di grande rilevanza, non solo religiosa, ma sociopolitica, perché, essendo una testimonianza eloquente dell'impegno sociale, Romero pone di nuovo il credente -con un rinnovato impulso- di fronte ai grandi problemi del paese e del mondo attuale, spingendola ad assumere un impegno morale di alta qualità, in una prospettiva sociale ed ecumenica di santità cristiana, e che deve lottare per la trasformazione degli attuali problemi sociali di El Salvador.

Palabras claves: Fe cristiana, problemas sociales, compromiso social, Evangelio, santidad, Óscar Romero.

Keywords: Christian faith, social problems, social commitment, Gospel, holiness, Oscar Romero.

Introducción: Santidad y canonización

En el contexto de la primera celebración del aniversario del martirio del obispo San Óscar Romero, después del acto religioso oficial que reconoce la heroicidad de sus virtudes evangélicas, a 39 años de aquel 24 de marzo de 1980, he querido sumarme a la reflexión sobre algunos temas de relevancia.

Quiero empezar advirtiendo que santidad no es equivalente a canonización. Santidad es la vida según los valores transmitidos y vividos por Jesús de Nazaret y contenidos en los evangelios del Nuevo Testamento. Canonización es el reconocimiento público y oficial de la autoridad religiosa acerca de la heroicidad de las virtudes evangélicas de un determinado creyente, y la inclusión de su nombre en el canon o listado de fieles reconocidos como modelos de vida cristiana. En este sentido, la santidad no depende de la canonización, sino a la inversa: la canonización depende de la santidad. Por tanto, la santidad de Romero en sí misma no depende de tal reconocimiento público, sino de su identificación con los valores evangélicos y la asunción y práctica de los mismos, lo cual es evidenciado en los testimonios de personas que le conocieron, así como en su diario, sus homilias y cartas pastorales y en las diversas biografías publicadas. De hecho, aunque la autoridad eclesiástica nunca lo hubiera reconocido así, Romero no sería menos santo de lo que es.

Sin embargo, el acto de canonización merece ser considerado, pues puede significar un hecho cargado de ambigüedad con respecto a sus consecuencias: puede significar una gran oportunidad para difundir el legado de Romero, pero puede también entrañar el peligro de sacralizarlo tanto, que su compromiso histórico concreto quede opacado o incluso diluido. En gran medida, esto depende de la adecuada memoria y difusión que tanto creyentes (católicos y no católicos) como no creyentes cultiven con respecto al legado del obispo mártir.

En otras palabras: entendemos aquí la santidad de Romero como la concreción del ideal de vida evangélica o cristiana en un determinado contexto histórico, con los matices particulares requeridos por las circunstancias sociales, económicas, políticas y religiosas de dicho contexto, para el caso, El Salvador de la segunda mitad del siglo XX, y su compromiso con la transformación de tales circunstancias, inspirado por el mensaje de Jesucristo y por la fe en él.

Por lo demás, esas circunstancias sociales, económicas, políticas y religiosas de entonces no han variado mucho en la actualidad. En la primera mitad del siglo XXI, los problemas sociales estructurales que Romero desenmascaró con su vida y su ministerio profético en El Salvador de los 70's, no sólo no se han solucionado, sino que, después de una desgarradora guerra fratricida, se han agudizado: corrupción e impunidad en el entero aparato estatal (ejecutivo, legislativo y judicial), violencia crónica e inseguridad, insalubridad y escasa formación, etc.

Considerando semejante contexto, y refiriendo pasajes de las homilias de San Óscar Romero, me dispongo ahora a hacer esta reflexión, dirigida a quienes reconocemos en él un referente de fe y vida cristiana, que genera conciencia y compromiso por la transformación del mismo contexto, para que podamos tener estilos de vida más humanos, dignos y justos. Es decir, el mensaje de Romero que sigue resonando en la conciencia de los salvadoreños, nos cuestiona y nos anima a concretizar nuestro compromiso, según sea nuestra condición y lugar en la sociedad, por transformar nuestra realidad, siguiendo los valores humanos y cristianos del Evangelio.

1. Fe cristiana y compromiso social

Desde un enfoque netamente cristiano, hemos de reconocer que el bautismo inserta al creyente en el Triple Ministerio de Jesucristo (profético, sacerdotal y real), de lo cual se deducen tres dimensiones en las que es preciso desplegar la vida informada por la fe y el Evangelio. En este sentido, quien se confiese creyente en Jesucristo, al recibir el bautismo recibe la gracia divina necesaria para encarnar el mismo estilo de vida de Jesús, que se puede entender desde esas tres dimensiones: *Profeta*, porque predicó el Evangelio del Reino, anunciando la salvación para todos, la liberación de los cautivos, la salud a los enfermos, una vida según la gracia; *sacerdote*, porque con su vida y sobre todo con su pasión y resurrección, unió a la humanidad con Dios “en un pacto tan sólido que ya nada lo podrá romper”¹; *Rey*, pero no en el acostumbrado sentido de poder y dominio, sino en el original sentido del servicio, lavando los pies a los discípulos, atendiendo a los pobres, los enfermos, los marginados (pecadores, mujeres, leprosos, publicanos), conocedor de los problemas sociales, y comprometido con la transformación del mundo².

Todo cristiano auténtico, pues, ha de reproducir la imagen de Jesucristo en esta triple dimensión. De aquí se infiere que nada tiene que ver con la verdadera fe cristiana la actitud de indiferencia y falta de compromiso con la transformación de la realidad que nos circunda y de la que también somos parte, según el modelo de Jesús de Nazaret, inspirado en el Reino de Dios. Todo cristiano auténtico ha de comprometerse, como su Maestro, en la instauración del Reino: en El Salvador de hoy, que se parece más al “anti-Reino” de la mentira, la corrupción, la injusticia, la muerte.

La fe cristiana, pues, lejos de abstraernos de la realidad social en la que los cristianos estamos inmersos, nos equipa y nos impulsa a comprometernos en su transformación, teniendo como paradigma el Reino de Dios: Reino de justicia, de verdad, de paz, de libertad, de solidaridad, de plenitud, de vida. Entender y asumir esto es parte de una vida santa.

Así lo entendió y lo asumió Óscar Romero. Y esto le dio sentido pleno a su vida y a su ministerio profético y real; y también le dio sentido pleno a su muerte, aunque fuera violenta, martirial.

1 Misal Romano, Prefacio de la Plegaria Eucarística Sobre la Reconciliación 1

2 Ver la homilía de Mons. Romero del 14 de enero de 1979, Fiesta del Bautismo del Señor.

Por lo demás, no podemos ignorar la sistematización de la enseñanza social que el magisterio de la Iglesia católica ofrece actualmente a través del Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia³, muy poco conocido y menos aún aplicado, en el cual hay principios y orientaciones muy válidos para la acción social de los cristianos en el mundo y El Salvador de hoy.

2. Vigencia y actualidad de la palabra de Romero

a. Hoy, como ayer

Más de cuatro décadas han pasado desde que Mons. Romero denunciaba públicamente en sus homilias en la catedral metropolitana de San Salvador los atropellos a los derechos humanos de parte de quienes, por mandato constitucional, tendrían que ser los primeros garantes: injusticia, pobreza, migración forzada, desapariciones, asesinatos, corrupción, terrorismo, escasez de servicios básicos, mala calidad en el sistema de salud, educación deficiente, violencia institucionalizada, y un largo etcétera. Y en pleno siglo XXI, estos problemas, en lugar de haber sido resueltos, se han agravado y agudizado.

Hoy, como entonces, estos problemas limitan la calidad de vida de los salvadoreños, con familias que pasan el día con menos de un dólar; con jóvenes obligados a migrar por no tener oportunidad de estudiar en el sistema universitario del país, por la incidencia de organizaciones delincuenciales en colonias, cantones, caseríos, etc.; la corrupción e impunidad galopantes y descaradas, reforzadas por la incompetencia, negligente y complicidad de las instituciones estatales (entiéndase Corte de Cuentas, Corte Suprema de Justicia, Fiscalía, Procuraduría, etc.)

b. Concentración de la riqueza y el poder: injusticia y desigualdad social

El Salvador, como toda la región Latinoamericana, es un país con una desigualdad socio-económica escandalosa, pues en el mismo pequeño territorio en donde hay empresas que perciben utilidades millonarias en el año, hay familias que, en base al salario mínimo actual, en promedio tienen que vérselas en el año con poco más de \$3500⁴, para pagar servicios básicos, colegiaturas, alimentación,

3 Pontificio Consejo Justicia y Paz. (2002). *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*. Librería Editrice Vaticana. Tomado de: http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/justpeace/documents/rc_pc_justpeace_doc_20060526_compendio-dott-soc_sp.html

4 Cfr. Ministerio de Trabajo y Previsión Social. Tarifas de Salarios Mínimos Vigentes a partir del 1 de enero de 2018. Tomado de: <http://www.mtps.gob.sv/avisos/salarios-minimos-2018/>

transporte, medicinas, etc. A lo cual hay que agregarle el agravante de la alta tasa de desempleo existente en el país: “Por rangos de edad se tiene que el desempleo en jóvenes (16 a 24 años) es del 14.4%, en las personas de 25 a 59 años es de 5.1%, mientras que en los mayores de 59 años es de 5.9%”⁵.

Para la economía del país, esto es desastroso en general, y es doloroso y dramático para las familias en particular, pues la experiencia muestra que la concentración de la riqueza y el poder en pocas manos termina causando graves males: niveles de vida por debajo del mínimo necesario para la dignidad humana, desesperación, delincuencia, violencia, migración, guerras, etc., en una palabra: subdesarrollo. Ciertamente, en la base de la construcción de un sistema económico que concentra la riqueza y el poder, se encuentra una visión ideológica, antropológica e incluso teológicamente imbuida de neoliberalismo, de libre mercado.

c. Escándalo de los países cristianos

Como señalábamos más arriba, América Latina es una de las regiones con las mayores desigualdades sociales y económicas del planeta, lo cual implica un escándalo de grandes proporciones, en el entendido de que la mayoría de los países y las poblaciones latinoamericanas se confiesan cristianos. Se constata, pues, una grave incoherencia entre la confesión verbal de la fe cristiana y las consecuencias prácticas de la misma, pues ser cristiano implica vivir en fraternidad y solidaridad, hacer participar a mi prójimo de los bienes recibidos de Dios, ayudar al hermano que está necesitado. Lo cual, visto en grandes proporciones, no es evidente en la región, sino, efectivamente, lo contrario: la riqueza y opulencia de unos pocos, está asentada en la precariedad y miseria de las grandes mayorías. Un verdadero escándalo, que fue denunciado duramente por San Óscar Romero, en sintonía con la enseñanza de los obispos latinoamericanos en las Conferencias de Medellín⁶ y de Puebla⁷. ¿Cómo es posible que los cristianos sean injustos unos con otros, al punto de que “cristianos” ricos marginen y excluyan a “cristianos” pobres de los bienes que Dios ha creado para todos?: “No es voluntad de Dios que unos tengan todo y otros no tengan nada” (Romero, septiembre de 1978).

Hermanos, piensen bien, precisamente cuando un mundo necesita reivindicaciones sociales y políticas, cuando necesitamos cambios profundos y audaces, ¿quién los va a hacer? Medellín lo dice claro: los “hombres nuevos”. Los hombres nuevos, renovados en esa conversión. Los enquistados en los viejos sistemas, caducos, los que quieren conservar a fuerza de represión y crímenes y pecado una situación que no se puede sostener, no van a renovar el mundo.

5 Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples, GOES-DIGESTYC, 2017, pág. 22. Rescatado de: http://www.centralamericadata.com/docs/PUBLICACION_EHPM_2017.pdf

6 II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Medellín, Colombia, Agosto-septiembre de 1968.

7 III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Puebla de los Ángeles, México, enero-febrero de 1979

Así no se renueva. Es necesario que políticos y no políticos, gente de poder y gente del pueblo, todos tratemos de renovarnos en esa conversión interior. Por eso, antes que la renovación de estructuras, o mejor dicho, junto con la renovación de estructuras: renovación de corazones⁸.

En la referencia anterior, Romero deja claro que no se puede pretender transformar las estructuras sociales, sino se cambian los corazones, es decir, la manera de pensar y actuar, tanto de quienes ejercen el poder como del pueblo.

Como es evidente, pues, si los problemas sociales estructurales, además de seguir siendo actuales, se han agudizado, provocando sufrimiento, dolor y muerte a la población salvadoreña, al punto de que algunos grupos políticos que se decían defensores y promotores del pueblo, al llegar al poder político, terminaron hundiendo al pueblo, convirtiéndose en lo que ellos mismos denunciaban... en este contexto, la palabra y el testimonio de Romero siguen siendo vigentes. Y su vigencia es válida tanto para quienes están al frente de las estructuras de poder político y económico, como para quienes estamos a la base de esta sociedad. Para los primeros, y especialmente si dicen ser cristianos o también luchadores sociales en favor del pueblo, como una denuncia permanente de su estilo de vida que contradice la fe que profesan o los valores sociales que dicen promover; para los segundos, para nosotros, la base, para el pueblo, como una voz que nos incita a despertar, a defendernos, a luchar por la justicia y la igualdad social y económica, por una sociedad más justa y más humana, por un sistema económico y social que realmente favorezca el desarrollo integral de todos y cada uno de los salvadoreños; un llamado a dejar el comodismo y la indiferencia, para comprometernos, desde la fe cristiana y desde los valores humanos, como agentes y sujetos de desarrollo y transformación.

3. Sal de la tierra, luz del mundo, levadura en la masa (Mt. 5,13-16. 13,33): Compromiso social de los cristianos de hoy.

El compromiso de los cristianos, por tanto, debe aparecer evidente en la realidad actual que vivimos como salvadoreños, para ser agentes de transformación. En absoluto se distancia esta misión de lo que Jesús en el Evangelio propone: ser sal de la tierra y luz del mundo, levadura que transforma. El mismo Romero hacía notar que la sal, cuando toca una herida, causa dolor y escozor, lo cual significa que la sal está buena y que hay una herida que sanar; la sal también sirve para condimentar y conservar. Este mundo, este país devastado por el sinsabor de la corrupción y la impunidad, por el sinsabor del esfuerzo y la lucha estéril, necesita el condimento de la fe cristiana, para dar sabor, es decir, para dar sentido al esfuerzo y a la lucha. Urge que los cristianos auténticos se hagan sentir en las instituciones, públicas y privadas, llevando los valores del Evangelio a todos esos ámbitos. Que la luz de la esperanza y de las buenas obras informadas por los valores y actitudes de Jesús, la solidaridad, la lucha por la justicia y por la paz, irrumpa

en la oscuridad de las negociaciones y transacciones bajo la mesa, en la violencia e inseguridad de nuestros barrios y colonias.

Solo el compromiso consciente, activo y organizado de los cristianos, en armonía con no creyentes que comparten nuestros valores humanos y el anhelo por la justicia y el avance de nuestro país, podrá generar la transformación tan urgente como necesaria. Pero debe comenzar en el corazón, en el interior, en la reflexión, y trascender luego a la organización, a la cooperación, a la solidaridad.

Así lo entendió, así lo vivió, así lo practicó y predicó san Óscar Romero. De tal manera que ello dio pleno sentido a su vida y a su labor como pastor, convirtiéndose así en sal de esta tierra salvadoreña, que escoce las heridas aún abiertas en nuestra sociedad; luz que ilumina con esperanza nuestros ánimos y luchas, luz que orienta y marca el ritmo y el rumbo. Ciertamente Óscar Romero ha sido para El Salvador, para Centroamérica, para el mundo, verdadera Levadura que transforma, que fermenta, pues su palabra, su compromiso, su testimonio y valentía siguen inspirando tanto a cristianos como a no creyentes, hombres y mujeres de buena voluntad, al compromiso y empeño por la transformación real de nuestro país.

Hombres y mujeres como Romero, necesita El Salvador; santos como Romero, necesita el cristianismo de El Salvador: que interioricen el mensaje del Evangelio, que lo asuman, que lo hagan vida en medio del trabajo, de la fábrica, de la familia, del tráfico; cristianos en las alcaldías, en los ministerios de estado, en las escuelas, en la Asamblea Legislativa, en los juzgados, en las oficinas, en las redes sociales y demás medios de comunicación; santos en las iglesias y en las calles, hombres y mujeres que practican la solidaridad y la justicia, que promueven la convivencia pacífica, que cuidan la vida, que protegen la naturaleza. Santos del día a día, santos que tienen a Dios en su corazón, la esperanza en el Reino de Dios, y el compromiso con su momento histórico y su patria.

Todo esto implica la santidad, así como la entendió y la vivió Óscar Romero en El Salvador de los 70's; así como necesitamos entenderla y vivirla los cristianos de 2020.